

g. lora

SINDICALISMO "POLITICO"

— CONFERENCIA
PRONUNCIADA
EN LA
ESCUELA DE ALTOS
ESTUDIOS NACIONALES
DE LAS FUERZAS
ARMADAS DE BOLIVIA —

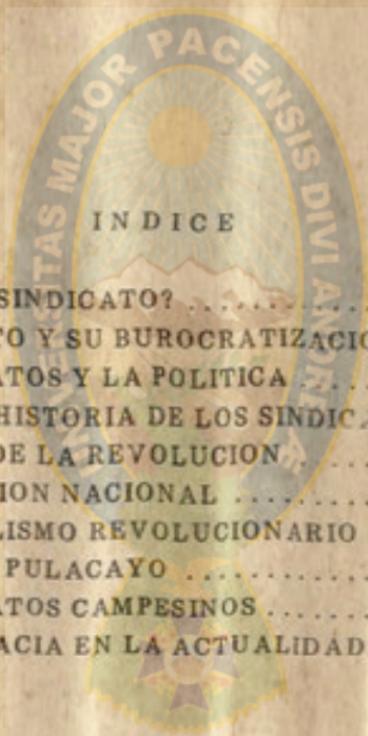


FB
335.82
L865s

LA PAZ - BOLIVIA
1984

01028

5.435
6-11-84



INDICE

1. ¿QUE ES EL SINDICATO?	pag. 3
2. EL SINDICATO Y SU BUROCRATIZACION	5
3. LOS SINDICATOS Y LA POLITICA	8
4. POLITICA E HISTORIA DE LOS SINDICATOS	12
5. LAS LEYES DE LA REVOLUCION	17
6. LA LIBERACION NACIONAL	30
7. EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO	32
8. LA TESIS DE PULACAYO	37
9. LOS SINDICATOS CAMPESINOS	44
10. LA BUROCRACIA EN LA ACTUALIDAD	46

8501

Por G. Lora

El texto que sigue es una respuesta al tema que se me ha planteado en el ámbito castrense sobre el "sindicalismo político" en Bolivia.

1. ¿Qué es el sindicato?

El sindicato, que aparece en la época capitalista, es una auténtica y elemental creación del proletariado, no de las masas en general. Viene al mundo como un organismo de resistencia frente a los excesos de la patronal y del Estado. Su ámbito natural de actuación ha sido y es la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros.

Está sometido a las leyes de desarrollo de la sociedad capitalista: lucha contra el orden social imperante buscando su transformación y la proyección de la sociedad hacia el comunismo. Tiene sus limitaciones, lo que no supone ignorar su gran trascendencia como organización de masas, que son resultado de su propia naturaleza. No es ni puede ser dirección política y menos llegar a tomar el poder. Es, más bien, el escenario en el que las diversas expresiones políticas batallan, de manera franca o encubierta, por arrastrar a las masas detrás de sus postulaciones.

Constituye una forma elemental de frente único de clase, sobre todo tratándose de los sindicatos de base, de las federaciones y confederaciones de los diversos sectores de la producción. No hay que olvidar esta característica diferencial del sindicato, que demuestra su falta de homogeneidad ideológica y política, la imposibilidad de que en su funcionamiento pueda imponerse el centralismo democrático. Aquí se encuentran las raíces de sus limitaciones.

La Central Obrera Boliviana, reflejando la realidad social del país, comprende a las organizaciones sindicales de varios sectores de trabajadores, no siempre proletarios, adquiriendo así los rasgos de frente antiimperialista.

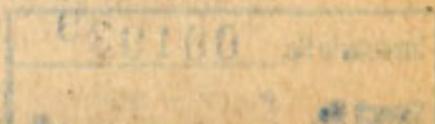
La especie de que el sindicato engloba a todos los obre-

ros, sin exclusión alguna, que trabajan en una fábrica no es más que una ficción, importando poco que parte de la ley escrita: la Ley General del Trabajo supone falsamente que todos o, al menos, el 50 o/o de los obreros de una empresa pertenecen a la organización gremial. Lo cierto es que la verdadera actividad sindical no comprende más que alrededor del 20 o/o de los trabajadores, excepción hecha de los cortos períodos de extrema tensión social.

Esta indiscutible realidad impone al sindicato una rigidez organizativa y que, en determinadas circunstancias, puede traducirse en conservadurismo. Es por esta razón que los explotados se ven obligados a poner en pie a amplias organizaciones, que tienden a comprender a toda la población, de gran elasticidad y que devienen en autoridad indiscutida para esas masas: estamos hablando de los órganos de poder.

El sindicato es un importantísimo canal de movilización de los explotados; en los momentos de agudización de la lucha de clases el grueso de las masas puede pasar por él. De aquí deducen muchos que los sindicatos reemplazan con ventaja al partido político, sobre todo cuando éste demuestra cierta debilidad organizativa o política.

No se tiene que olvidar que es el escenario natural en el que los trabajadores libran su lucha cotidiana en pos del logro de sus reivindicaciones que corresponden a sus necesidades inmediatas, modestas en sí mismas y que constituyen la verdadera urdimbre de su existencia y de las luchas de las masas. Esto quiere decir que es en el marco sindical donde maduran los explotados: esa madurez no viene de las lecturas inexistentes, sino de la experiencia diaria, que al acumularse hasta cierto nivel va a permitir su expresión política, consciente. Partiendo de esta experiencia será posible que la clase, en cierto nivel de su desarrollo, llegue a formular sus finalidades estratégicas: transformación del capitalismo a través de la revolución y dictadura proletarias. Tal el sentido de la expresión que indica que el sindicato es la escuela básica del comunismo. El movimiento obrero dentro del sistema capitalista no puede concebirse sin sindicatos.



2. El sindicato y su burocratización.

El normal funcionamiento del sindicato, y su unidad y fortaleza, sólo pueden darse en medio de la más amplia democracia interna, que supone la libre existencia y difusión de las ideas políticas más diversas, que nadie puede ser perseguido, hostilizado o aislado a causa de su militancia o de sus creencias. Esa democracia coloca en la base de toda la actuación sindical la voluntad y decisiones de los obreros de base, expresadas a través de la asamblea general, autoridad máxima colocada por encima de las direcciones y cuyas resoluciones tienen para éstas el carácter de mandato imperativo, obligatorias e irrevisables.

La asamblea general, que tiene que considerarse como expresión genuina de la democracia directa y de lo que buscan los explotados, como autoridad máxima en la actividad sindical, actúa también como fuerza que controla los movimientos, la conducta (inclusive la privada) y todo lo que hacen los dirigentes. Los obreros de base usan la asamblea para expresar abiertamente su crítica a los dirigentes. Este control es imprescindible para garantizar que las direcciones no se aparten de la lucha y política de los trabajadores, porque aquellas corren el peligro permanente de doblegarse ante la poderosa presión del gobierno de la clase dominante, de los patronos, en fin, de las ideas y prejuicios imperantes y que son otras tantas expresiones de la burguesía. Esta presión del enemigo se hace cada vez más poderosa y en la misma medida en que los dirigentes escalan los más altos niveles.

Los dirigentes que todos los días tienen que relacionarse con autoridades gubernamentales y con la patronal en toda su gama, tienden a apartarse del control de las bases, siempre molesto porque es intransigente y vertical. Este es el punto de partida de la burocratización de las organizaciones sindicales, una de las más graves y extendidas enfermedades del sindicalismo. Esa emancipación del control del grueso de los trabajadores facilita el peregrinaje de los dirigentes hacia las trincheras de la burguesía, que sabe utilizar todos los medios para corromper a aque-

llos: a veces los halagan y a veces los sobornan. La forma de vida de los dirigentes obreros (vale la pena tener en cuenta el tren de vida que lleva el Sr. Lechín) se va apartando, más y más, de la que llevan sus compañeros de trabajo y se va aproximando a la que es propia de la clase media e inclusive de la burguesía. El arribismo social y político, que se abre en toda su amplitud ante los dirigentes obreros, conduce hacia la política de la burguesía, a las traiciones y a la infamia.

El dirigente burocratizado concluye organizando camarillas alrededor de intereses subalternos, de naturaleza económica y política, totalmente extraños a los obreros.

Es fácil darse cuenta que esas camarillas inscriban en lugar preferente de su estandarte su perpetuación en los cargos sindicales, por ser el medio por el cual se realizan, se potencian y satisfacen sus apetitos. De esta manera los caminos que siguen explotados y camarillas sindicales se distancian más y más. La desburocratización se impone como una necesidad para retornar al cuadro democrático, para fortalecer a los sindicatos, a fin de rescatarlos para la lucha revolucionaria.

Constituye el peor de los errores confundir a las direcciones burocratizadas con el grueso de los obreros y con esas organizaciones de masas que son los sindicatos. La burocracia se esmera en hacer creer que la lucha contra las direcciones corruptas es nada menos que una lucha contra los sindicatos y en favor del enemigo de clase, cuando, en realidad, el antiburocratismo se convierte en un requisito para una efectiva defensa de la línea revolucionaria de las organizaciones laborales e inclusive de su integridad física.

La burocratización sindical es un fenómeno universal y no únicamente boliviano. En las grandes metrópolis del capital financiero (imperialismo) las capas superiores y minoritarias de la clase obrera son beneficiadas con una pequeñísima parte de la plusvalía que las primeras extraen de los países atrasados como Bolivia. Los obreros muy bien pagados concluyen controlando a las grandes centrales sindicales, convertidas en verdaderas potencias económi-

cas, para defender mejor sus privilegios y se identifican nada menos que con la política colonialista de la burguesía metropolitana. Las organizaciones obreras de los países de la órbita soviética han perdido gran parte de los rasgos diferenciales de los sindicatos tradicionales y los trabajadores prácticamente no tienen posibilidades de controlar a sus dirigentes y menos de exteriorizar libremente sus aspiraciones. Es por esta razón que no puede menos que apoyarse el surgimiento de un sindicato multitudinario e independiente del Estado como es Solidaridad de Polonia, pues se convierte en un poderoso canal de libre movilización de los trabajadores, siendo por ahora el problema de la orientación de su equipo dirigente algo que deberá resolverse en el futuro próximo.

Otro de los grandes peligros que amenaza a los sindicatos es la creciente tendencia hacia su estatización, que busca convertirlos en simples aditamentos del aparato gubernamental, en auxiliares destinados a facilitar el cumplimiento de los planes estatales, etc. Esta corriente es poderosa en los países atrasados, donde tienen mucha importancia los movimientos nacionalistas burgueses y de otro tipo que buscan modernizarlos a través de la solución de las tareas democráticas incumplidas. Estos movimientos entran con mucha frecuencia en roces con las potencias imperialistas, sobre todo por el interés que muestran por ensanchar el ámbito del estatismo, aunque esté muy lejos de sus propósitos; la expulsión y expropiación de las empresas controladas por el capital financiero, que en esto consiste el verdadero antiimperialismo. De todas maneras se trata de episodios en la larga y dificultosa lucha por la liberación nacional. Los gobiernos nacionalistas y de corte popular precisan la movilización controlada de las masas para potenciarse y poder resistir e inclusive rechazar la presión foránea de las grandes potencias, de aquí emerge su política encaminada a estatizar los sindicatos.

Constituye un deber elemental luchar contra todo intento estatizador, pues sólo así pueden los sindicatos conservar su carácter de organismos de defensa de los intereses primordiales de los explotados y poner a salvo su independencia de clase.

3. Los sindicatos y la política.

Los sindicatos obreros siempre realizan actividad política, inclusive cuando desafiadoramente proclaman su apolitismo. En cada caso se trata de saber de qué clase de política se está hablando. Los sindicatos que limitan su actividad a las llamadas relaciones obrero-patronales y a la lucha por el logro de mejores condiciones de vida y de trabajo (economismo), se acomodan a la política burguesa y la ejecutan, de una manera deliberada o no. Estas organizaciones se someten voluntariamente a la ley y se muestran favorables al mantenimiento del orden social vigente: sus actos más atrevidos tienden a embellecer el rostro del capitalismo, son, pues, reformistas.

La clase dominante ha desarrollado toda una teoría encaminada a justificar la existencia de estos sindicatos como los únicos viables y convenientes a los intereses de los trabajadores. El argumento es sencillo: producir más para mejorar las remuneraciones. Fomenta su existencia y les presta toda especie de cooperación porque, en último término, se convierten en indispensables para el buen funcionamiento de la producción capitalista, para el control de los posibles excesos en los que pudiesen caer los trabajadores.

Los sindicatos que siguen la orientación que imprime la clase dominante actúan como fuerza de choque, a veces electoral, de una política totalmente extraña a los intereses históricos del proletariado. En pocas palabras, sirven a determinado sector del enemigo de clase. Cuando las organizaciones laborales están empeñadas en el mantenimiento del orden social establecido quiere decir que se someten a la política burguesa; si se orientan hacia el cumplimiento de la estrategia de la clase, su política es revolucionaria.

La clase obrera tiene dos clases de intereses. Los inmediatos, que se refieren a las condiciones de vida y de trabajo y que están presentes todos los días, planteando problemas cuya solución debe materializarse sin tardanza. La satisfacción de estas necesidades puede darse y se da en el marco del capitalismo y las medidas que se adoptan se inscriben dentro del reformismo. Los intereses inmediatos emergen desde el momento mismo de la existencia de los

obreros y se relacionan con su vida cotidiana. Estos intereses y las reivindicaciones correspondientes constituyen el contenido natural de la actividad sindical.

El lugar que ocupa la clase obrera en el proceso de la producción, el hecho de que no sea propietaria y el mismo desarrollo de la sociedad, determinan que no tenga más camino que destruir el capitalismo si realmente quiere libertarse, al mismo tiempo que no podrá menos que liberar a toda la sociedad. Será gobierno para poder encaminar todos los recursos sociales hacia una nueva sociedad sin explotados y sin explotadores, es decir, sin proletariado ni burguesía: es la primera clase en la historia de la humanidad que se hace gobernante, no para afirmarse como tal y remodelar a toda la sociedad a su imagen y semejanza, sino para disolverse en medio de los trabajadores libres. Tales los objetivos últimos, estratégicos (término prestado del léxico militar), o mediatos (a largo plazo y que solamente pueden materializarse gracias a la mediación de la conciencia de clase) del proletariado.

Producto del capitalismo, la burguesía al afirmarse como tal y desarrollarse, se desdobra y saca de sus entrañas a su propio sepulturero. Para poder realizar su grandiosa tarea, grandiosa porque se trata nada menos que de transformar revolucionariamente a la sociedad, a fin de poder sepultar a la vieja, a la que ha caducado, y de abrir la perspectiva de una nueva, el protagonista del descomunal drama tiene que emanciparse de todas las clases de la sociedad (fisionomizarse como proletariado), dejar de ser clase que sólo existe físicamente para trocarse en clase que sabe la forma en que es explotada y oprimida y qué caminos tendrá que seguir para poder libertarse. Esta es la conciencia de clase, uno de cuyos ingredientes básicos es el conocimiento de las leyes del desarrollo de la sociedad (ciencia social, marxismo). Los proletarios oprimidos, desprovistos de los elementos de la cultura, para ser libres tienen que fusionarse con la ciencia, proceso necesario, imprescindible, que se cumple gracias a la mediación del partido político, portador de la ciencia social en forma de programa.

La independencia de clase, basamento de la política

revolucionaria, quiere decir emancipación ideológica y también organizativa de la clase dominante y del Estado de ésta. La clase que no es independiente porque equivocadamente cree que son suyas las ideas y política de sus explotadores, permanece atrapada en las redes de la política burguesa, lo que importa que no ha adquirido aún conciencia clasista. La independencia de los sindicatos es inseparable y componente de mucha importancia de la independencia de clase.

La clase que adquiere conciencia tiene capacidad para expresar sus intereses generales, a diferencia de la puramente instintiva que únicamente plantea los parciales, de pequeños o grandes grupos de obreros. Cuando la clase se pone en pie de combate y se moviliza detrás de reivindicaciones que incumben a todos, entra en contradicción con el total de la burguesía representada por el Estado. La lucha de clase contra clase coloca, de manera inevitable, en el centro de la disputa al Estado y por esto mismo es política en su esencia. Como se ve, la afirmación del proletariado como clase (que tiene conciencia) y la lucha por su liberación pasan insoslayablemente por la actividad política: se puede decir con toda propiedad que son en sí mismas actitudes políticas.

La clase consciente, que protagoniza la política revolucionaria, se estructura como partido político y se expresa a cabalidad a través de éste y no de ninguna de sus otras organizaciones. El partido concentra toda la evolución de la conciencia, razón por la que expresa en su programa los objetivos estratégicos de toda la lucha (revolución y dictadura proletarias). En este momento es la clase misma, su más genuina expresión y no puede concebirse la existencia de la una sin el otro: se condicionan y penetran mutuamente y conforman una unidad dialéctica.

La preeminencia del partido sobre el sindicato, cuya falta de homogeneidad ideológica y política actúa como factor limitante insuperable, tiene sus raíces en los rasgos diferenciales del proletariado como clase. El partido es el instrumento adecuado con el que cuenta la clase para expresarse políticamente y para libertarse.

Hay, pues, una sola y auténtica política propia del asalariado: la que es vehículo natural para que pueda materializar su estrategia, es ésta la política revolucionaria. A través de ella el proletariado efectiviza su condición de clase fundamental en el proceso de transformación de la sociedad, que, por su naturaleza revolucionaria, acaudilla a la mayoría nacional. Se trata de una expresión superior y propia de la clase. La mediación del partido puede dar la impresión de que nos encontramos frente a una política impuesta desde afuera, a veces cuidadosamente elaborada y en esta medida extraña a la rudeza de los explotados de las fábricas y de las minas. Por muy elevada que sea la forma y por muy sofisticadas que aparezcan las consignas de la política revolucionaria, no son otra cosa que la expresión teórica y política del instinto socialista de las masas obreras. A esta altura la política concentra todos los problemas estructurales de la sociedad (los más importantes) y los que plantean la necesidad histórica de la liberación de los explotados. La lucha de clase contra clase desemboca en la transformación revolucionaria de la sociedad y afronta sus problemas. Aparece inconfundible su contenido de clase, que se refiere a las finalidades estratégicas y se proyecta mucho más allá de las reivindicaciones meramente reformistas o inmediatas.

Nos hemos referido a la gran política revolucionaria propia de la clase obrera en cierto momento de su desarrollo. Esta política no tiene nada que ver con esa otra pugna subalterna que libran entre sí los diferentes grupos de la clase dominante tras el objetivo de conseguir puestos en el gabinete, en el parlamento, etc. Esta última variante de la política bien merece el nombre de politiquería y que con tanta frecuencia olvida los grandes objetivos para reducir toda la actividad partidista al logro de algunas ventajas. La politiquería es extraña al proletariado porque nada tiene que ver con los objetivos históricos de esta clase social. Si al sindicato que desarrolla una política revolucionaria se lo llama "político" está bien.

Si inicialmente los sindicatos se movieron ajustadamente en el marco de la lucha por mejores condiciones de vida y

de trabajo, cuando la clase obrera adquiere conciencia y formula osadamente sus propios objetivos políticos, que necesariamente son opuestos a los burgueses, arrastra a las organizaciones sindicales y las convierte en instrumentos y canales de movilización al servicio de la política revolucionaria. No se trata de una imposición, sino de una elevada expresión de la lucha liberadora en la que inevitablemente intervienen los sindicatos, pues al margen de éstos no puede pensarse en la transformación de la sociedad. Lo que tiene que entenderse es que la marcha multitudinaria tras el logro del poder únicamente puede darse bajo la dirección del partido político revolucionario y no de los sindicatos. Las organizaciones masivas, entre ellas los sindicatos, constituyen el escenario que permite al partido revolucionario, a través de la lucha política, efectivizar su calidad de dirección nacional.

En Bolivia, debido al grado alcanzado por la evolución de la clase obrera, los sindicatos necesariamente realizan y tienen que realizar política de manera abierta. Lo que corresponde es saber si esa actividad se agotará en la politiquería o si alzará vuelo hasta convertirse en gran política revolucionaria. La política, en este período de transformación de la sociedad, constituye la práctica de mayor trascendencia para la sociedad y los héroes afloran en ella. Si la política es alta expresión de la conciencia de clase, deja de ser torpe maniobra, engaño, triquiñuela, para convertirse nada menos que en creación de ideas, pues éstas concretizan los intereses y la acción de las masas y de los partidos.

4. Política e historia de los sindicatos.

Un fenómeno frecuente lleva a los observadores a la confusión e incompreensión de lo que son la clase obrera y los sindicatos. Se repite con mucha frecuencia que las masas se distinguen por su inconsecuencia política: un día rechiflan a quienes aplaudieron la víspera y así sucesivamente.

Si la clase obrera al estructurarse parte de la lucha puramente instintiva y economista (aislada y fraccionada) para encaminarse al logro de su conciencia, quiere decir

que no es consecuente y efectivamente revolucionaria (protagonista de la destrucción del capitalismo y de su sustitución por otra sociedad superior) en todos los momentos y siempre, que lo será únicamente al trocarse en consciente, en protagonista de la política revolucionaria, que es cuando está debidamente estructurada.

Las masas, esas masas que instintivamente forjan los órganos de poder y que luego destruirán el aparato estatal, son normalmente conservadoras: se someten y agachan la cabeza ante el ordenamiento legal, las autoridades consagradas, las ideas imperantes, etc. Únicamente en los momentos de mayor tensión de la lucha, cuando el grueso de los trabajadores es arrastrado por la vanguardia y se suelda momentáneamente a ésta, el conjunto de la clase adopta posiciones revolucionarias y muy radicales. Es entonces que el partido revolucionario aparece como multitudinario, como si comprendiese en sus filas al último de los obreros. Nadie ignora que el partido, en puridad, no es más que la vanguardia obrera políticamente organizada.

En las etapas de retroceso, cuando ha tenido lugar una derrota, por ejemplo, vuelven a cobrar actualidad las viejas ideas y los prejuicios que difunde la clase dominante. La amplísima retaguardia se levanta contra la vanguardia y contra el partido político revolucionario, culpándoles de todas sus desgracias. Mediatizada la vanguardia, una parte de ella es arrastrada a posiciones contrarrevolucionarias. De una manera normal, la clase dominante actúa sobre los trabajadores a través de los sectores más atrasados de éstos.

Los avances que se operan en la conciencia de la clase se concentran en la vanguardia y en el partido, proceso que no alcanza al grueso de las masas. En las etapas de mayor movilización y radicalización, el conjunto de la clase da la falsa impresión de que las masas en general hubiesen llegado a ese nivel; en verdad, se identifican con los objetivos estratégicos aferrándose a algunas consignas. En las etapas contrarrevolucionarias el grueso de las masas vuelve a su situación normal.

El partido político asimila críticamente y generaliza

todo lo que hacen las masas, sus victorias y sus derrotas, sus avances y retrocesos. No solamente acumula y difunde los logros que tienen lugar en la evolución de la conciencia de la clase, sino que también analiza y explica las derrotas, el retroceso de la clase, el reflotamiento de las ideas reaccionarias. No es únicamente testigo, sino parte integrante del desarrollo de la clase; se forma en este proceso como expresión de la vanguardia y como el abanderado a toda prueba de la política revolucionaria. Si se dice que el proletariado en su conjunto da la impresión de una masa fluctuando entre las posiciones revolucionarias (propias del proletariado) y las de la burguesía, no se cae en ninguna exageración. Pero, hay que distinguir a la vanguardia del grueso de la clase.

La política revolucionaria del proletariado, como toda doctrina social, por otra parte, no es ni debe considerarse como cerradamente nacional: se nutre de ideas de circulación universal y de la experiencia lograda por el proletariado en otras latitudes. Esa ciencia social que es el marxismo no ha sido formulada en el altiplano, sino que como toda ciencia se ha formado y se proyecta por encima de las fronteras. Los logros alcanzados en un país se universalizan de inmediato. Esto mismo ocurre con el nacionalismo, con las religiones, con los conocimientos científicos, etc. Se ha dicho esto de manera deliberada, para poder aclarar uno de los prejuicios que mayormente circula alrededor de los sindicatos y que impide un análisis correcto.

Se pretende definir y censurar a los sindicatos repudiándolos toda vez que asumen posiciones políticas que no son del agrado de tal o cual sector de la clase dominante. Esta postura parte de la certidumbre de que el proletariado y los sindicatos son totalmente extraños a la política, que debe estar reservada a los profesionales de esta actividad, autorizados para adoptar decisiones a nombre del pueblo en su integridad. Ya hemos indicado que un proletariado que no protagoniza la política revolucionaria no es todavía una clase debidamente organizada. La política revolucionaria no precisa ser reivindicada, esto porque su ejercicio

es el único camino que conduce a la liberación de los explotados.

En boca de muchos es frase lapidaria la especie de que los sindicatos son extraños al país, apátridas, porque enarbolan ideas que circulan por todo el mundo. Los bolivianos no hemos creado los sindicatos, sino que los hemos tomado de otros países que conocieron un desarrollo social más avanzado; es claro que tampoco somos autores de las doctrinas sociales. Hemos asimilado lo logrado en otras partes y solamente cuando las masas comenzaron a tomar en sus manos la solución de los problemas, su obra abrió la perspectiva de traducirse en aporte teórico.

Por otro lado, el proletariado boliviano, con fuertes rasgos autóctonos por su origen, por su permanente entroncamiento en el campesinado, que a su modo refleja las particularidades nacionales, sobre todo el atraso cultural, es parte integrante del proletariado internacional. Sus rasgos nacionales no pueden ser ignorados, pero tampoco que el asalariado es la respuesta social al carácter internacional del capitalismo. Los grandes problemas que plantea la lucha revolucionaria sólo pueden resolverse en la palestra internacional, con ayuda de la palanca de la economía mundial. Todo esto es consecuencia de la naturaleza de la sociedad en la que vivimos y no de la propagación de tales o cuales doctrinas, que lo más que pueden hacer es pretender interpretar esa realidad y descubrir sus leyes.

Uno de los elementos constitutivos de la actividad sindical y de todo el movimiento obrero es el internacionalismo proletario, que parte del concepto de que la clase obrera de todo el mundo es una sola familia, emplazada a librar batalla a la opresión capitalista que actúa por encima de las fronteras nacionales y que generaliza los problemas de la clase.

La historia de la clase obrera es inseparable de la actividad política, esto si se tiene en cuenta que su propia maduración le conduce a la conquista del poder.

Hemos visto que el proletariado cuando adquiere conciencia de clase expresa sus intereses generales, que son los

históricos. Este criterio y este modelo de evolución no puede aplicarse a todas las clases sociales. La burguesía, que desde que existió se fue adueñando de la economía y de la cultura, tiene plena conciencia de lo que es y de sus intereses, al extremo de que impone sus propias ideas a la sociedad. Para actuar políticamente y para adueñarse del poder no ha precisado de partidos políticos de masas como ahora conocemos y que han debutado con la clase obrera, le ha sido suficiente el club, la logia masónica, la actividad municipal. El campesinado está conformado por una vasta masa de pequeños productores (propietarios) independientes, que realizan su trabajo de manera individual, desperdigados a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía, esto si se exceptúa al Oriente, donde han aparecido núcleos de proletariado agrícola impulsados por la actividad de la agroindustria. Roza tangencialmente el mercado, pero no desarrolla su actividad cotidiana dentro de él, que es una característica de burgueses y proletarios. Por todo esto y sobre todo por ser masa de productores individuales (el asalariado está en medio de la producción social) no tiene capacidad ni posibilidades para expresar sus intereses generales, se detiene y agota en los pequeños problemas locales, lo que le impide luchar políticamente (si no se olvida el sentido que damos a esa lucha); no adquiere conciencia de clase y no se organiza en partido político: los llamados partidos indios son apenas pequeñas ficciones. ¿Cuál sería la finalidad estratégica del campesinado? ¿Construir una sociedad campesina de pequeños productores, esto al margen del capitalismo y del socialismo? En el desarrollo de la humanidad no hay lugar para tal experimento. En la actividad cotidiana los campesinos se desplazan constantemente del polo burgués al proletario y viceversa, siempre buscando resolver sus problemas. Las modificaciones en su actitud, que ni duda cabe tienen capital importancia para el movimiento revolucionario, se alimentan de las decepciones que soportan porque la dirección política de turno no pudo dar solución a esos problemas o los traicionó. Una sociedad de pequeños productores campesinos importaría un retroceso

descomunales en el desarrollo de la humanidad, lo que ciertamente no es posible; más bien, puede darse la disolución de la sociedad porque la lucha de clases no encuentre otra salida. Pese a todo, el campesinado es una de las piezas claves del proceso revolucionario, se puede decir que el proletariado llegará al poder en sus hombros, impulsado por la belicosa lucha del explotado del agro.

5. Las leyes de la revolución.

Si la revolución social es considerada como el producto arbitrario de la propaganda extremista, de la agitación social arbitrariamente provocada, etc., será imposible comprender la actividad contradictoria de la clase obrera e inclusive la conducta de los sindicatos. La historia de la humanidad es la historia de la sucesión de los diferentes modos de producción (cómo se produce lo que el hombre precisa para satisfacer sus necesidades), que tiene lugar a través de saltos bruscos, de la misma manera, por ejemplo, que las transformaciones geológicas. La sociedad y el hombre hace tiempo que acertadamente vienen siendo considerados como parte del proceso de desarrollo de la naturaleza, lo que ha permitido desprenderse de perjudiciales prejuicios subjetivistas. El oscurantismo al juzgar a la sociedad no hace otra cosa que alejarla de su debida comprensión. El desplazamiento de una clase por otra en el poder, que eso es la revolución, siempre se ha dado en la sociedad y sería absurdo que nos aterricemos toda vez que se produce, lo que corresponde es estudiarlo con la debida atención, seguros de que nuestra sociedad también se encamina hacia esa finalidad. No es motivo de nuestra atención la revolución política o sea la lucha entre sectores de la misma clase social por controlar el poder.

La revolución es un fenómeno social sometido a las leyes generales de la sociedad (del capitalismo) y a las suyas propias. Está muy lejos de ser la arbitrariedad y el caos, como generalmente se supone. La revolución destruirá los aspectos caducos de la actual sociedad y permitirá un amplio desarrollo a los gérmenes de una nueva, que ya se dieron en el pasado inmediato; en esta medida destru-

ye el orden social envejecido y establece uno nuevo: el caos no es más que aparente. Son los hombres los que hacen la revolución, pero no a su capricho, sino dentro de las condiciones creadas por el desarrollo social. Unos, los que pertenecen a la clase obrera o se identifican con sus finalidades estratégicas, con sus objetivos generales, encarnan a las fuerzas productivas, es decir, a las fuerzas progresistas de la historia y cuando adquieren conciencia de esto actúan como sus instrumentos conscientes. En estas filas se reclutan los teóricos, factores decisivos para la lucha revolucionaria, los caudillos y activistas de la transformación de la sociedad. Con todo, las masas y los hombres no pueden hacer otra cosa que contribuir a que las leyes de la historia se cumplan con ahorro de esfuerzos y de tiempo; en ningún caso podrán sustituir esas leyes con los esquemas sacados de sus cabezas o con sus creaciones perversas o angelicales. Los otros, los que pugnan por perpetuar la actual sociedad, porque en ésta se encuentran sus intereses materiales, batallan, conscientemente o no, contra las leyes de la historia, son conservadores, reaccionarios. Pueden la clase dominante y su Estado idear y levantar los mayores obstáculos frente a la marcha revolucionaria de la mayoría nacional, pueden corromper a las direcciones de las masas y contribuir a la formación de burocracias potentes, pero todo esto acabará siendo arrasado por las leyes de la historia. Así se ha desarrollado y se desarrolla la sociedad.

Toda nueva sociedad se justifica cuando impulsa el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, que son el conjunto de los instrumentos que permiten la producción, de los hombres que los manejan en determinadas condiciones de experiencia y de hábitos de trabajo (tecnología, división del trabajo, etc). El desarrollo de las fuerzas productivas, que se sintetizan en cierto nivel de productividad, importa un cierto grado de dominio del hombre sobre la naturaleza, objetivo de toda sociedad. Las fuerzas productivas imponen determinadas formas de propiedad sobre los medios de producción (tierra, máquinas, materias primas, etc), que condicionan las relaciones de producción

dentro de las cuales los hombres producen su vida social, su sustento diario, para decirlo de manera simple. Estas relaciones de producción constituyen el basamento material, económico, de la sociedad, su estructura sobre la que se levanta el amplio y rico mundo de la superestructura ideológica, que no es consecuencia mecánica e inmediata de aquella, sino que se mueve conforme a sus propias leyes y en determinado momento reacciona poderosamente sobre la estructura (la política en la actualidad, por ejemplo), buscando modificarla y contribuyendo a que esto sea así dentro del marco señalado por el desarrollo de las fuerzas productivas.

La estructura económica es una unidad dialéctica en la que los extremos polares están ocupados por las fuerzas productivas y por las relaciones de producción (forma de propiedad). Durante la etapa de equilibrio precario entre ambos, la propiedad impulsa el vigoroso y rápido desarrollo de las fuerzas productivas, el aumento cuantitativo de éstas (evolución pacífica, progreso gradual), motivando transformaciones dentro del orden establecido, pero esto sólo hasta cierto nivel de su crecimiento, que es cuando chocan con esa fuerza conservadora que es la propiedad vigente (relaciones de producción), ésta, para sobrevivir, se empeña en estrangular a las fuerzas productivas, que en su intento de crecer se despedazan chocando contra su mordaza y cuyos indicios inconfundibles son las crisis cíclicas (la actual que soportamos), las guerras internacionales por el reparto del mundo y las mismas revoluciones.

Una sociedad es sustituida por otra únicamente si la estructura económica ha madurado para ello, si la clase dominante ha agotado todas sus posibilidades progresistas. El desarrollo de las fuerzas productivas tiene que considerarse como un desarrollo global y de ninguna manera parcial (un descomunal salto en la producción e industrialización del hierro, mientras la agricultura permanece estancada, por ejemplo). Las transformaciones tecnológicas, muchas de ellas relegadas a las cuatro paredes de un laboratorio, por sí mismas no son sinónimo de crecimiento de las fuerzas productivas: muchas de esas inno-

vaciones e inventos quedan archivados, porque su generalización podría ocasionar serios perjuicios económicos a las grandes empresas al obligarles a cambiar su utillaje, y a veces relegados al uso para fines belicistas, que importa una descomunal destrucción de las fuerzas productivas. Únicamente cuando las fuerzas productivas han dejado de crecer, cuando la forma de propiedad privada burguesa (relaciones de producción) se ha tornado reaccionaria, fenómeno que ha tenido lugar en escala mundial desde el último tercio del siglo XIX hasta 1914, fecha del estallido de la primera guerra mundial (guerra imperialista), se ha hecho evidente la posibilidad de la revolución social.

¿Esta ley puede aplicarse a la atrasada Bolivia? La respuesta, que es una de las claves de la política boliviana, obliga a una breve explicación. Bolivia no tuvo tiempo ni posibilidades para impulsar el desarrollo interno del capitalismo, éste llegó desde afuera como fuerza invasora, obedeciendo los intereses económicos de las metrópolis y de ninguna manera las necesidades de desarrollo del país que pasó a la condición de semicolonía. Penetró al altiplano el imperialismo, el capitalismo en su etapa de decadencia, trayendo progreso y modernización, a ciertos sectores de nuestra economía, a veces mediatizados en extremo y, al mismo tiempo, ocasionando estancamiento y hasta retroceso allí donde no le interesaba asentarse y explotar. Vimos al imperialismo conviviendo junto al latifundio improductivo y reducto del trabajo servil, no pocas veces prestandole directo apoyo. Esta política contradictoria se explica porque la fuerza invasora tuvo necesariamente que apoyarse en la feudalburguesía, que tenía metido un ple en el pongueaje y que simultáneamente servía al capital financiero.

De esta manera fuimos incorporados, virtualmente a la fuerza, a la economía mundial, que es algo más que una simple suma de economías nacionales, es una unidad superior y una de las grandes creaciones del capitalismo. Esta concepción (la interpretación unilateral de ella es el punto de arranque de una serie de desviaciones), permite comprender que estamos obligados a soportar las leyes

generales del capitalismo, lo que no debe interpretarse como una imposición mecánica de esas leyes en toda su pureza, más bien, se reflejan en una particular realidad económica social, actúan, transformando y transformándose, a través del país atrasado. En esto consisten las particularidades nacionales que tienen importancia decisiva en la fijación de la política revolucionaria. Nuestra tardía incorporación a la economía mundial, alrededor de los albores del siglo XX, y la invasión del capital financiero, han determinado la economía capitalista de tipo combinado, que imprime una particular fisonomía a la ley del desarrollo desigual, la más general en la historia de la humanidad.

Nuestro país ya conoce el capitalismo, bajo la única forma en que puede darse, como economía combinada, que importa la coexistencia de diferentes modos de producción, de las primeras letras del desarrollo de la sociedad con las últimas adquisiciones de nuestra época: las tribus selváticas, el transporte en llamas junto al jet, etc. No hay tiempo, debido a la desintegración del imperialismo y a la presencia del proletariado como clase, para que Bolivia recorra las vicisitudes de un desarrollo integral e independiente del capitalismo.

La ley de la economía combinada, que sería inconcebible al margen de la pertenencia a la economía mundial, no como ocasional vendedor de minerales, sino como parte integrante de ella, tiene implicaciones que es preciso puntualizar para comprender la revolución en nuestro país.

Estamos obligados a considerar todos los fenómenos, particularmente los económicos, como dimensiones internacionales. Las fuerzas productivas, de manera particular, solamente pueden concebirse así, si no se quiere distorsionar la realidad.

Si Bolivia fuese un país aislado, si no se estremeciese ante las modificaciones del mercado mundial, si no dependiese del tipo de interés que fijan los bancos norteamericanos o ingleses, si no dependiese su vida diaria de la cotización de minerales que a medio día se difunde desde

Londres, se podría decir con toda propiedad que está muy lejos de una transformación revolucionaria dirigida por la clase obrera, que lo más que puede esperarse es una transformación democrático-burguesa, los militantes stalinistas añadirían del tipo de revolución encarnado en el gobierno burgués de Siles, claro que la afirmación puede prestarse a burlas o calificativos despectivos. Esta manera de plantear el problema es incorrecta y anti-científica, porque en nuestra época resulta inconcebible la existencia de país alguno totalmente aislado de los otros y de la economía mundial, convertida en el escenario insoslayable donde se mide la productividad de los diferentes países.

Entre las consecuencias de nuestra integración a la economía mundial se tienen la autoritaria imposición del capitalismo y la maduración desde afuera para la revolución proletaria, lo que no tiene que interpretarse como si también tuviese que venir de la metrópoli, contrariamente, será hecha por los bolivianos y en la medida en que maduren para cumplir esa tarea. Las fuerzas productivas en escala mundial están sobremaduras para la revolución proletaria, concebida como una revolución socialista de alcance mundial; su tardanza, que tiene que concebirse como consecuencia del lento desarrollo de la conciencia de clase de los explotados o de la traición de sus direcciones tradicionales, que supone el cambio de contenido de clase, se traduce en la aparición de formas de barbarie con tegumento burgués como es el caso del fascismo, que importa la aniquilación de gran parte de las conquistas logradas por la civilización, o en la destrucción de la sociedad. Vivimos en la época de la revolución proletaria y no nos está permitido eludirla o idear caminos excepcionales para nuestro país. Nuestra historia es parte de la historia de la humanidad.

El carácter internacional de la revolución proletaria quiere decir que ningún país, por muchos que sean los privilegios con los que hubiese sido beneficiado por la naturaleza, puede con sus propias fuerzas, en el marco de una inconcebible y reaccionaria autarquía, construir una

sociedad comunista, tal meta solamente podrá lograrse internacionalmente. Ha sido el propio capitalismo el que ha permitido que maduren para ello las condiciones materiales: en la época de la economía mundial, en la época de las transnacionales, las fronteras nacionales se han tornado reaccionarias. En este punto debemos puntualizar que la defensa, por tanto, la permanencia de las fronteras de los países sometidos a la opresión imperialista, constituyen pasos progresistas y obligados en la lucha por la liberación nacional. El comunismo no destruirá la economía mundial, por el contrario, se basará en ella y le dará un mayor impulso.

Esa unidad mundial que es la revolución socialista (el desarrollo de la sociedad no permite su parcelación en estancos independientes entre sí) está integrada por las revoluciones puramente socialistas que tendrán lugar en las metrópolis del capital financiero, que se distinguen por la proporción mayoritaria de la clase obrera y porque no tienen ante sí la solución de tareas democráticas o burguesas pendientes; por las revoluciones políticas (el desplazamiento del poder de la burocracia por la clase obrera) en los países sometidos a la dictadura stalinista y por las revoluciones de liberación nacional en las regiones sometidas a la opresión imperialista. El hecho fundamental y distintivo de nuestra época radica en que todas esas revoluciones son políticamente dirigidas por el proletariado. Hay, pues, revoluciones proletarias y revoluciones proletarias, no todas están vaciadas en el mismo molde o cortadas en la misma medida: obedecen a leyes particulares según el grado de desarrollo de la región en que tienen lugar.

La revolución boliviana no puede menos que reflejar el capitalismo de economía combinada. El sector atrasado está encarnado en el modo de producción precapitalista, que si se toma como referencia los índices demográficos se puede decir que comprende a la mayoría nacional. No se trata de que el atraso está simplemente yuxtapuesto al progreso (modo de producción capitalista y que define la existencia material del país), sino de que entre ambos

existe una permanente inter-relación: conforman un país con esa característica nacional y no dos sociedades independientes entre sí. Atraso y progreso se penetran mutuamente, se condicionan y se encuentran en permanente transformación. El atraso se traduce en atraso cultural, por decir que deja su impronta en todas las actividades, lo que determina la lentitud de nuestro desarrollo, que pese negativamente en contra de la productividad y, de una manera general, que mediatice las conquistas foráneas que alcanzan a traspasar los Andes. Urge puntualizar en qué consiste este rezagamiento.

Sobre todas las cosas, está muy lejos de ser general, pues soporta la presión del modo de producción capitalista (minas, petróleo, industria, transportes, agroindustria) y, a su turno, actúa poderosa, aunque negativamente, sobre él. El cordón umbilical, por esto mismo de trascendencia vital, que une a Bolivia con el mercado mundial, es decir, el elemento que le permite llevar una vida moderna, es la producción capitalista, la exportación de materias primas, de minerales, de petróleo, etc. Esta producción no solamente define el presupuesto nacional, sino las balanzas comercial y de pagos, permite importar todo lo que exige la vida moderna. El modo precapitalista pesa de manera considerable en la composición del producto interno bruto. En alguna forma esa preeminencia económica del capitalismo condiciona la preeminencia política del proletariado, aunque su gran politización es resultado de su propia historia, de una serie de factores que han contribuido a la formación de su conciencia.

Un país atrasado como Bolivia puede mostrar importantes adelantos tecnológicos y de concentración del capital en su área modernizada, como sucedió en el campo de la minería en cierto momento.

El atraso tampoco es definitivo, dado de una vez por todas, sino que, en determinadas condiciones, puede convertirse en palanca de progreso, permitir dar un salto en el desarrollo, trocarse en su contrario. Los teóricos de la clase dominante, que se complacen en subrayar que el capitalismo, únicamente el capitalismo, pues vituperan

contra el feudalismo, el esclavismo, etc., corresponde a la naturaleza humana y que por eso debe considerarse eterno; pretenden justificar las limitaciones e incapacidad de la burguesía nativa con la especie de que nuestro país nunca podrá salir de una manera total de su rezagamiento, que siempre será tributario de la metrópoli imperialista, etc. Hay muchos ejemplos históricos que violentan la teoría del definitivo atraso boliviano y que viene siendo manejada desde el siglo XIX.

Allí donde el capitalismo se ha desarrollado internamente, recorriendo todos los recodos del camino, venciendo todas las dificultades y las etapas, ha ido acumulando utilaje obsoleto, herencia inevitable del pasado; esta carga concluye obstaculizando los movimientos de la economía en su integridad. Recuérdese el caso de países en los que se sigue utilizando maquinaria con muchos decenios de antigüedad. Un país atrasado, virgen en la actividad capitalista en ciertos renglones, puede, en condiciones favorables apoderarse de un salto de todo el avance logrado por la sociedad, sin necesidad de descubrir ni perfeccionar nada. Importaremos la última palabra de la tecnología en la fabricación de automóviles, sin necesidad de volver a vivir las primeras experiencias. En un solo acto nos colocaremos en el nivel de los países más desarrollados. Esto es algo más que un dato anecdótico, quiere decir que tal paso puede permitir movernos a mayor velocidad que las metrópolis del capital financiero. Las condiciones que permitieron ese desarrollo a saltos y que las colonias o semicolonias alcansacen o sobrepasasen a las metrópolis opresoras, fueron en el pasado las ventajas que proporcionaba el capitalismo en ascenso (Estados Unidos de Norte América, Alemania, Japón); en la actualidad, caracterizada por la desintegración del imperialismo, las condiciones para ese salto no son otras que las creadas por la revolución.

Un otro aspecto de este tema: la masa campesina, que aunque asuma actitudes revolucionarias y de subversión contra el estado de cosas imperante, representa el pasado histórico y el atraso, pero en los momentos de mayor

tensión de la lucha revolucionaria se convierte en el factor decisivo que impulsa al proletariado (expresión social del progreso) hacia el poder, es decir, permite crear las condiciones para la estructuración de una sociedad superior a la capitalista.

Bolivia se diferencia de las metrópolis por ser una nación oprimida que soporta la explotación y el dominio político por parte del imperialismo no solamente sobre uno de sus sectores sociales, la clase obrera, sino sobre toda la nación. El capital financiero exporta en gran medida la plusvalía que extrae de los trabajadores, actúa como el muro que impide que el país en su integridad ingrese de pleno a la civilización, esto porque mantiene intacto al precapitalismo, expropia política y económicamente a la burguesía indígena, le impide su desarrollo, lo que aparece con mayor evidencia cuando ésta le sirve obsesivamente. Los problemas que plantea la revolución y la mecánica de clases son particulares y diferentes a los que se dan en los grandes centros del capitalismo.

Toda revolución es mayoritaria y la proletaria lo es al servicio, por primera vez, de la mayoría del país. En la Bolivia atrasada esa revolución no puede menos que ser protagonizada por la nación oprimida (en esta medida es mayoritaria) y no únicamente por la minoría obrera (consecuencia del atraso, de la persistencia de los modos de producción precapitalistas). Una revolución puramente proletaria es inconcebible, pues sería una actitud asumida contra el país, condenada a su inmediato aplastamiento. De esta realidad emergen las vigas maestras de la lucha revolucionaria.

La alianza obrero-campesina (las masas explotadas arrastradas políticamente por la clase obrera) juega el papel de pieza clave de esta estrategia. El choque de los campesinos con los obreros antes de la conquista del poder haría imposible ésta.

La táctica que cobra vigencia permanente hasta tanto se produzca la victoria de los explotados, aunque su realización precisa de condiciones políticas muy concretas, es la constitución del frente antilimperialista, que importa

la unidad de la nación oprimida (varias clases sociales) bajo la dirección proletaria, es decir, dentro de las finalidades estratégicas de la clase obrera. La burguesía también habla de unidad nacional y la consume bajo su propia dirección y para servirse de ella como factor de respaldo político o de estabilidad gubernamental llegado el caso. La UDP es una variante de este frente político de varias clases. El frente antiimperialista permite que el proletariado efectivice su liderazgo nacional y se apoye y dirija las luchas que libran las masas explotadas. Únicamente la movilización y radicalización de los sectores mayoritarios puede obligar a las direcciones de los partidos de izquierda a someterse a la dirección proletaria, abandonando su actual posición servil frente a la clase dominante.

La revolución proletaria boliviana estará muy lejos de ser puramente socialista por sus tareas. Antes de construir el socialismo y la sociedad sin clases sociales (sin explotados ni explotadores) tiene que superar el secular atraso del país, lo que equivale al cumplimiento de las tareas democráticas o burguesas pendientes, labor imprescindible que será realizada junto al logro de objetivos socialistas en los sectores donde sea posible. La revolución será pues combinada en sus tareas y también en sus componentes sociales reflejando así en la superestructura el carácter combinado de la economía.

Debe tomarse en cuenta que el proceso de transformación profunda estará acaudillado por la clase obrera y que ésta para libertarse realmente tendrá que llegar al comunismo y en su marcha libertar a toda la sociedad. El proletariado no tiene interés alguno en perpetuar las realizaciones demoburguesas, basamento material de la existencia y desarrollo del capitalismo que supone su inevitable explotación y opresión, sino acabar con este estado de cosas, razón por la cual las transformará en socialistas desde el poder. Como se ve, el secreto del proceso consiste en que los explotados se conviertan en clase gobernante, en fin, en la existencia de la dictadura del proletariado.

Nos encontramos frente a una sola etapa en la cual

son realizadas a plenitud las tareas democráticas y su transformación en socialistas. El PCB, que dice no renegar del socialismo e inclusive de la dictadura proletaria, hace un planteamiento cualitativamente diferente: en la primera etapa, cuya duración no puede menos que prolongarse por algunos decenios, una centuria o más, debe cumplirse únicamente la revolución democráticoburguesa, porque —se dice— las fuerzas productivas en escala nacional han madurado únicamente para esa revolución; luego de que el desarrollo pleno e independiente del capitalismo transforme toda la economía y cree una clase obrera poderosa por su número y su educación en la escuela de la democracia formal, recién podrá plantearse con legitimidad la revolución puramente socialista. Entre ambas etapas históricas media un abismo de tiempo y no puede hablarse de una inter-acción entre ambas. La corriente maoísta planteó, en su apogeo, la misma tesis con una pequeña variante: para ella, cumplida la etapa de la revolución democrática debía darse, de manera ininterrumpida —de aquí su nombre—, la revolución socialista. El stalinismo en general sostiene que la etapa democráticoburguesa sólo puede estar timoneada por un gobierno de corte burgués. La permanencia del PCB en el gobierno burgués de la UDP, lejos de constituir un error táctico o un desliz cualquiera, obedece a su concepción programática fundamental.

El desarrollo interno de la revolución bajo la dictadura del proletariado lleva la tendencia de no detenerse hasta tanto no se destruya toda forma de opresión de clase (explotación del hombre por el hombre). Cada etapa niega a la anterior y el proceso tiene lugar en medio de contradicciones y de conflictos sociales. El ritmo de su realización, así como el del cumplimiento de las tareas democráticas, no puede señalarse con anticipación, depende de la marcha de las economías mundial y nacional, de los progresos que haga la revolución proletaria internacional.

La revolución proletaria comenzará necesariamente dentro de las fronteras nacionales y no como un fenómeno simultáneo. El ritmo extremadamente desigual con el cual

se desarrolla la conciencia de clase del proletariado de los diversos países obliga a que la revolución tenga lugar también de manera desigual. No será un proceso despersonalizado; contrariamente, mostrará las huellas inconfundibles de las particularidades nacionales, profundamente entroncado en la historia, en la economía, en fin, en la cultura del país. Pero, la revolución no puede encerrarse indefinidamente en el marco nacional; para resolver los problemas que genera y para llegar a la sociedad sin clases, necesariamente tendrá que proyectarse al plano internacional, de nacional se trocará en internacional. En el caso boliviano su proyección continental buscará estructurar los Estados Unidos Socialistas de A. Latina, la única forma en la que ahora puede efectivizarse el sueño y ambición de Bolívar. Muchos de los problemas más punzantes del país, entre ellos el de la mediterraneidad, encontrarán así su solución natural.

La clase obrera en el poder estatizará los medios de producción, concentrándolos en manos de la dictadura del proletariado, lo que le permitirá planificar la economía y dirigirla hacia la construcción del socialismo.

Hemos expuesto someramente la teoría de la revolución permanente, que tanta importancia ha tenido en la formación de la clase obrera boliviana (nos referimos a su conciencia). Se trata de las leyes de la revolución de los países atrasados (coloniales y semicoloniales) de nuestra época, en la que la presencia de la clase obrera constituye el hecho de mayor relieve. Algunos de sus críticos sostienen que dicho planteamiento buscaría saltar por encima de la etapa democrática, para ingresar de lleno y de un salto en la revolución puramente socialista. Otros se empeñan en querer demostrar que buscaría aislar al proletariado de las otras clases sociales. Estos reparos carecen de fundamento. La revolución permanente fue enunciada ya por Marx a mediados del siglo XIX y teniendo presente la revolución en la rezagada Alemania de entonces, buscando resolver, precisamente, el cumplimiento de las tareas democráticas. Los revolucionarios rusos hablaron de la transformación de la revolución burguesa en socialista, teniendo

en cuenta su contenido social, sus tareas fundamentales. No se plantea el ignorar o saltar por encima de las tareas democráticas, sino la manera de cómo el proletariado tendrá que consumirlas en la época que vivimos.

6. La liberación nacional.

El capitalismo, obedeciendo a una de sus leyes fundamentales, penetra en todos los rincones del mundo y opera profundas transformaciones allí donde pone los pies, entre otras cosas contribuye al surgimiento del proletariado, clase que modifica el panorama del país y sus perspectivas políticas. En su etapa monopolista el fenómeno está dominado por el desplazamiento del capital financiero de la metrópoli hacia el entorno rezagado, esto de una manera general. La fuerza que impulsa este incesante e incontenible desplazamiento es la búsqueda de aceptables tasas de ganancia (por ejemplo, últimamente los casos de Taiwan y Corea). El imperialismo penetra en un país como enclave empresarial (explotación de materias primas, para citar un caso) o como empréstitos. Para garantizar sus inversiones, la ejecución de sus planes y la legitimización de sus ganancias se ve impulsado a controlar la política oficial y particularmente al gobierno. El Estado deja de representar exclusivamente los intereses de la clase dominante nativa y se convierte en testaferrero de una potencia extranjera, pierde su soberanía porque se somete a decisiones foráneas. La explotación económica y la opresión política son facetas inseparables de la exportación de capital financiero, todos ellos componentes de la política imperialista. No hay capitales foráneos buenos o malos o metrópolis imperialistas que desinteresadamente busquen el desarrollo de los países atrasados, todo, ellos se interesan por las buenas ganancias. La política en sus manos sigue siendo un negocio, por eso buscan gobiernos baratos, esto por encima de todas las consideraciones principistas imaginables. Este mismo criterio puede aplicarse al FMI, al Banco Mundial y otros instrumentos de la política imperialista.

Para las tendencias nacionalistas (desde el MNRH hasta

el MIR, pasando por el PRIN y el MNRI), y también para el stalinismo (PCB, PCML en sus diferentes agrupaciones), la opresión imperialista nivela a todas las clases sociales, las obliga a postergar sus reivindicaciones propias y hasta renunciar a ellas, para unirse en un conglomerado nacional timoneado por la burguesía, aunque se disimule este último aspecto. Para esta gente la liberación nacional es la meta última de la revolución democrática.

La opresión nacional imperialista plantea ciertamente la necesidad de la liberación nacional, pero el problema radica en saber qué clase social es capaz de consumarla efectivamente, lejos de frustrarla a través de la traición, como es costumbre tratándose de las corrientes nacionalistas burguesas. De esta manera se plantean dos posturas: la proletaria y la burguesa, que pugnan por arrastrar a las masas detrás de sus propuestas, lo que únicamente puede lograrse a través de la lucha de los partidos políticos y la lucha política constituye el punto más elevado de la lucha de clases. La teoría y la experiencia enseñan que los movimientos nacionalistas burgueses conducen invariablemente a la frustración del antilimperialismo y al contubernio con la metrópoli opresora. La liberación nacional es una reivindicación democrática y pasa a manos del proletariado como uno de los puntos del programa revolucionario de esta clase social y para adquirir perspectivas socialistas.

La unidad de las clases oprimidas para libertar al país de la opresión imperialista se presenta como un objetivo imperativo, pero debe consumarse dentro de la estrategia del proletariado, es decir, como frente antilimperialista.

La opresión imperialista es la que convierte a Bolivia en una nación oprimida, obligada a defender sus fronteras frente a toda agresión de la metrópoli foránea, al mismo tiempo que torna imperiosa la lucha por la recuperación de las riquezas nacionales de manos extranjeras, la estatización de las empresas controladas por el capital financiero, el desconocimiento de la deuda pública, etc. Por estos caminos recorre la liberación nacional y también por el logro de que la metrópoli se abstenga de intervenir en la política interna. Todas estas actitudes son progre-

sistas porque ponen a salvo la soberanía nacional.

Lo que tiene que subrayarse es que la efectivización del antiimperialismo solamente podrá darse en el marco de la revolución proletaria.

La lucha antiimperialista está muy lejos de quedar circunscrita a la actividad exclusivamente partidista también comprende la lucha sindical, que no en vano agrupa a la fuerza de trabajo que directamente explota el capital financiero.

7. El sindicalismo revolucionario.

El sindicalismo boliviano es excepcional por haberse estructurado alrededor de claras ideas revolucionarias que entroncan en la teoría de la revolución permanente, lo que ha dado lugar a que con frecuencia se confunda a las organizaciones laborales con los partidos políticos. Se ha llamado entre nosotros sindicalismo revolucionario, a diferencia de lo que sucede en Francia, al que cuenta con programas ideológicos y plataformas marxistas. El fenómeno merece ser explicado.

La historia del joven proletariado boliviano, en gran medida una consecuencia de la penetración imperialista, apenas si bordea el siglo y aparece preñado de importantes acontecimientos y enseñanzas. Puede sintetizarse en pocas palabras: organizado una y otra vez por sectores de la clase dominante en el poder, pronto pugnó por seguir su propio camino, por constituir partidos de orientación socialista y por enarbolar ideas revolucionarias; la mayor parte de sus heroicas luchas fueron libradas como acciones instintivas, pero bien pronto asomaron los esfuerzos por forjar la conciencia de clase. Podría decirse que una de las líneas constantes de lucha ha sido la conquista de la independencia de clase frente a la burguesía y al Estado. Colocado ante el dilema de seguir el camino reformista del mejoramiento del capitalismo y del logro en este marco de mejoras en las condiciones de vida y de trabajo y el de la revolución para abrir las perspectivas del socialismo, las organizaciones de masas (sindicatos, partidos y órganos de poder) constantemente han oscilado

entre ambos extremos.

Ennumeremos los hitos de mayor trascendencia de la historia social boliviana:

a) La prehistoria del sindicalismo está constituida por el gremialismo del siglo XIX y que se proyecta poderoso en las primeras organizaciones del asalariado. Hemos conocido un sindicalismo de contornos artesanales, en su mentalidad y organización, perceptible inclusive en la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), que viene a ser la tercera central obrera.

b) El feudal-burgués Partido Liberal (explotó a los pongos y fue canal de acción del imperialismo) puso en pie, desde el poder, a las primeras organizaciones sindicales (Unión Gráfica Boliviana y Federación Obrera de La Paz), más para consolidarse políticamente y evitar los desbordes de las masas, que para libertarlas o mejorar sus condiciones de vida. Habiendo llegado al poder en hombros de artesanos y campesinos alzados, tuvo que soportar la constante arremetida de las sublevaciones de estos últimos.

c) Siguiendo el canal de los jóvenes intelectuales liberales (Elío, Monje Gutiérrez, etc) y de la cátedra universitaria (Samuel Oropeza) llegan al país las ideas socialistas y anarquistas, que en el exterior ya habían recorrido un largo camino. El Centro Agustín Aspiazú de comienzos de siglo fue uno de los primeros propagandistas de estas doctrinas. Se puede decir que la rebelión contra los organizadores del movimiento obrero nació del seno de aquellos mismos. En 1912 se organiza la Federación Obrera Internacional, de franca orientación antiliberal y que presentaba como ideal su amasijo confuso de tesis socialdemócratas y anarquistas. La FOI se proyecta en la marxista Federación Obrera del Trabajo. Los pioneros del sindicalismo revolucionario, en cuyo seno el predominio del proletariado minero será por demás evidente, fueron todos artesanos, ligados a la intelectualidad liberal y a los estudiantes. Al comprobar que los liberales no les dieron las leyes sociales que esperaban y que los caminos del parlamentarismo se les cerraban, comenzaron a marchar por su propia cuenta, pero siempre cerca de los liberales renega-

dos como los radicales y los republicanos. El imponente aluvión de planteamientos socialistas, difundidos desde Buenos Aires por el Partido Socialista de Palacios, el primer parlamentario extremista en América, de anarquistas que se filtraban siguiendo los ferrocarriles, logró plasmarse en el Centro Obrero de Estudios Sociales (1914), una especie de alta academia donde se formaban propagandistas, escritores y activistas que se dieron a la tarea de organizar sindicatos, partidos socialistas y hasta irrumpieron en las minas, que hasta entonces dieron vida independiente a sus propios sindicatos muy radicalizados, anti-gubernamentales, y protagonistas de huelgas y masacres.

d) El movimiento universitario se fue desplazando hacia la izquierda como consecuencia de la propia evolución política interna y de la poderosa influencia de la reforma universitaria iniciada en Córdoba en 1918. Los débiles ecos de la revolución rusa, cuyo itinerario transmitía el cable registrado en la recientemente modernizada prensa diaria, sacudió profundamente a explotados y estudiosos. Durante mucho tiempo los universitarios oficiaron de organizadores y dirigentes de los obreros. La época del "socialismo universitario" fue la peor, esto porque la doctrina marxista osificada fue convertida en fórmulas insípidas que se pretendía imponer a una realidad desconocida y cambiante. Nadie esperaba que Bolivia consumase la revolución, pero todos estaban seguros que llegaría totalmente elaborada del exterior.

Hasta esta época intentaron organizar no menos de dos decenas de partidos clasistas. La izquierda que se fue sedimentando tuvo su prueba de fuego en la guerra del Chaco. Se agotó en la lucha antibellicista y no pudo resistir la represión. Sus mayores líderes recorrieron los caminos del destierro, donde conocieron la otra cara del marxismo, la de las acrisoladas disputas internas alrededor de principios programáticos. Arce, José Aguirre, Marof, etc., se toparon con el stalinismo y el trotskismo que libraban una guerra a muerte.

e) La guerra demostró la tremenda crisis interna de la feudal burguesía, el atraso del país y su pobreza. Del Chaco

vinieron los gérmenes de la rebelión social, que sin estallar abiertamente, excepción de la huelga de gráficos de mayo de 1936, desembocó en los gobiernos militares que se autotitularon socialistas. Los esfuerzos del pasado encaminados a estructurar un partido clasista parecieron haber sido olvidados: las direcciones tradicionales (nacionalistas y stalinistas) empujaron a las masas hacia las trincheras oficialistas, cosa que volverá a repetirse más tarde. La agitación social fue dominada con medidas reformistas de corte obrerista y hasta fascistas: se decretó el trabajo y la sindicalización obligatorios; se auspició la conformación de la CSTB (nuevamente se organizó a los obreros desde el poder para contar con su apoyo); fue creado el Ministerio de Trabajo; la Convención de 1938, donde por primera vez estuvo presente una brigada izquierdista (Arratia, Sñani, Antonio Carvajal, Augusto Guzmán, etc), dictó una constitución muy avanzada y en su texto se incluyeron los derechos de sindicalización, de huelga, el régimen de protección a las comunidades indígenas, etc. El Decreto de entrega obligatoria del 100 o/o de divisas provenientes de la exportación de minerales al Banco Central, que muchos confundieron con la expropiación de la gran minería y hasta con el socialismo, juntamente con la estatización, sin pago de indemnización, de las pertenencias de la empresa petrolera Standard Oil, movillizaron a las masas y las ganaron en favor de la política oficialista. Negando todos los esfuerzos hechos por materializar la independencia de clase, las direcciones políticas desarrollaron la teoría y la práctica de colaboración con los gobiernos de la clase dominante. Los explotados perdieron momentáneamente sus objetivos estratégicos y obedecieron los mandatos políticos de su propio enemigo. Esta política fue puesta en práctica tanto por José A. Arze, teórico y dirigente stalinista, como por Montenegro, Céspedes y otros líderes del nacionalismo. A veces estos ensayos recibieron el calificativo de "socialismo boliviano".

f) El nacionalismo en los países atrasados corresponde a una realidad y esto explica su pujanza y su persistencia (el MNR, por ejemplo). Se trata del empeño por superar

el atraso, realizar las tareas burguesas incumplidas en el marco capitalista y contando con la amistad y cooperación del capital financiero (imperialismo). El 20 de diciembre de 1943 llega al poder la alianza Radepa-MNR, que para vencer las presiones y fricciones del imperialismo organiza sindicalmente a los mineros (1944) y moviliza a los propios campesinos, siempre buscando controlarlos y apoyarse en ellos. La vanguardia minera, después de constatar las limitaciones del villarroelismo en el empeño de consumar la liberación nacional e inclusive de satisfacer las necesidades clasistas más inmediatas, planteó, desde el seno de la FSTMB, una estrategia propia que se proyectaba inconfundiblemente más allá de los límites capitalistas. En el futuro inmediato el nacionalismo, actuando bajo la presión y la creciente amenaza del movimiento obrero, se fue desplazando, siempre cada día más, hacia las posiciones proimperialistas, para concluir como una de las cartas del Departamento de Estado norteamericano. Este es el ciclo que sigue el nacionalismo de contenido burgués en nuestra época, dominada por la presencia de la clase obrera. Se trata de una de las leyes del proceso social.

g) El acontecimiento de mayor trascendencia de la historia social consistió en haberse podido dar expresión teórico-política (consciente) a lo que era ya convicción y protesta entre los trabajadores. Dadas las condiciones para un salto de la conciencia de clase, se produjo el acontecimiento gracias a la presencia del marxismo en los medios obreros avanzados. La experiencia nacionalista quedó truncada, antes de haber podido mostrar la integridad de su rostro, debido al golpe contrarrevolucionario del 21 de julio de 1946, punto de arranque de la restauración rosquera que dominó el doble sexenio. El documento ideológico de esta evolución fue la Tesis de Pulacayo, que se convirtió en el eje de las grandes movilizaciones masivas que desembocaron en las jornadas de abril de 1952.

h) El anarquismo fue importante en el período de la guerra y logró estructurar varias federaciones. Su ideología del todo incoherente no logró mayores progresos, lo que determinó su pronta ruina frente a las corrientes marxis-

tas. Desde la Federación Obrera Local de La Paz arrancaron la jornada de ocho horas y se proyectaron hacia la organización de las mujeres y de los campesinos.

1) En 1952 tiene lugar una revolución protagonizada por los obreros y el poder ganado a la rosca es entregado al nacionalismo, que esta vez completa su ciclo y acaba al lado del golpismo contrarrevolucionario y del imperialismo. El fenómeno que domina todo este proceso no es otro que el de la diferenciación política entre el gobierno nacionalista burgués, caudillo popular hasta la víspera, y los explotados ya timoneados por la clase obrera. Los trabajadores, con dificultad y de manera contradictoria van buscando su propio camino, los senderos para materializar sus objetivos estratégicos. La constitución de la Asamblea Popular tiene significación porque es resultado de la actitud independiente del proletariado frente al gobierno nacionalista de izquierda del Gral. Torres. Con todo, no pudo resistir la actitud golpista de la extrema derecha.

8. La Tesis de Pulacayo.

Se trata del documento de mayor trascendencia de la historia del movimiento obrero y también de la izquierda en general. Se ha convertido en la Biblia de los explotados y mantiene hasta ahora su vigencia y así será hasta tanto se consume la revolución proletaria. Muchos otros programas sindicales han sido aprobados y puestos en circulación, casi simultáneamente con el de Pulacayo y posteriormente, pero todos ellos han sido sepultados en el olvido. La permanencia de la Tesis central de la Federación de Mineros se debe a que, por primera vez, expresa los objetivos históricos generales o estratégicos del proletariado. Fue enunciada en tono panfletario la ideología propia de los explotados en clara oposición a las ideas y política burguesas.

La aparición de la Tesis importó una verdadera revolución teórica dentro del pensamiento marxista boliviano e internacional. No se puede actuar correctamente en política si no se conoce la realidad que se pretende transfor-

mar, conocimiento que se concretiza en la caracterización que se hace de ella. Esta caracterización ya contiene las líneas maestras del tipo de revolución que es posible realizar, que se sintetiza en el gobierno que se propone. En esa caracterización se encuentra implícita la mecánica de clases imperante en un determinado país.

Hasta entonces la Tercera Internacional y a veces hasta el trotskismo, gustaba caracterizar a los países latinoamericanos como semif feudales, feudales a secas, pero de todas maneras precapitalistas. Este era el punto de partida para justificar la vigencia de la revolución democrática en nuestra época y en presencia del proletariado. La estrategia estaba definida por los rasgos nacionales precapitalistas porque se creía que la economía mundial no era más que un amontonamiento de economías nacionales que arrasaban sus particularidades. La Tesis de Pulacayo, partiendo del concepto de la economía mundial como una unidad superior, formula por primera vez la definición de Bolivia como país capitalista atrasado y de economía combinada. Esta caracterización supera la discusión en la que estaban empeñados los marxistas acerca de Latinoamérica y, sin decirlo aparece alineada junto a la poco asumida afirmación de Trotsky en sentido de que en nuestra época ha desaparecido la diferenciación entre países maduros y no maduros para la revolución proletaria, de aquí que la crisis de la humanidad se redujese a la crisis de las direcciones revolucionarias. La definición de la Tesis de Pulacayo, que no en vano tocaba uno de los aspectos capitales de la política revolucionaria, obligó a la izquierda a replantear sus principios programáticos; todos la copiaron a su manera, deformándola. Como siempre sucede en estos casos, la frase sirvió para encubrir la supervivencia de una vieja idea. El PCB, el PS-1, etc., consideran a Bolivia como país capitalista atrasado dependiente; el último término permite descubrir que para ellos, en realidad, Bolivia no es parte componente de la economía mundial, sino un país pobre, atrasado que entra en ocasionales relaciones desventajosas, de dependencia unilateral, con las metrópolis, en fin, sigue moviéndose aisladamente, lo que no le permite la

maduración de fuerzas productivas para la revolución proletaria, que se les antoja una consigna ultrista y aventurera.

Tradicionalmente la izquierda y las organizaciones obreras, que no creían posible la deseable revolución proletaria en Bolivia, estaban seguras que la clase obrera era incipiente y que estaba llamada a fortalecerse numéricamente y a educarse. Violentando a esta tendencia, la Tesis sostiene que la clase revolucionaria por excelencia es el proletariado, llamado a acaudillar a las masas en general y a imponerles su estrategia: la revolución y dictadura proletarias. Así quedó explicitada la finalidad histórica de la clase obrera, cuya viga maestra para su realización no es otra que la alianza obrero-campesina. El camino insurreccional es señalado como el único que conduce a tal objetivo. Una forma tan clara y ortodoxa de formular el problema, que importa el retorno a Lenin, choca aún con las tendencias dominantes en las agrupaciones de izquierda de todas partes, que soportan la poderosa presión de la clase media democratizante, de los varios caminos que conducen al socialismo descubiertos por el stalinismo y de quienes creen que la meta final sólo puede alcanzarse de manera gradual, a través del agotamiento de formas intermedias de gobiernos y también de supuestas revoluciones. El país altiplánico fue conmovido hasta en sus raíces por dicha proposición y, sin embargo, la izquierda no se vio obligada a tener presente dicha estrategia, en sus programas y en su acción diaria. Fueron copiadas y repetidas muchas consignas, pero no la que habla de la revolución proletaria. El análisis de este hecho extraño nos lleva al convencimiento de que la conducta partidista está condicionada por su contenido de clase que se define por la forma de gobierno que se propugna y que es el resultado de un determinado tipo de revolución. La Tesis de Pulacayo aparece como el enunciado de la política revolucionaria, de la estrategia del proletariado, esto en oposición a las agrupaciones izquierdistas que tercamente se aferran en reproducir la política de la burguesía en sus gamas más diversas.

Al movimiento sindical artesanal, tan estrechamente

vinculado con el stalinismo, que fue estructurándose a partir de la tradición de la preguerra, se opuso la urgencia de luchar por su profunda reestructuración, de manera que las organizaciones laborales tuviesen forma (sindicalismo vertical, preferentemente) y dirección proletarias. Así se inició la larga campaña del sindicalismo minero contra la CSTB, que tan activamente había intervenido en los acontecimientos de julio de 1946. Durante el sexenio se intentó infructuosamente poner en pie a la Central Obrera Nacional, el antecedente más inmediato y directo de la actual COB, dentro de los lineamientos señalados por la Tesis. A la larga fue remozado el sindicalismo tanto como propuesta política, como organización.

Tradicionalmente los obreros, organizados o no, confiaron en las bondades de la legislación social, a la que consideraban liberadora y a veces hasta sinónimo de socialismo. Nadie criticaba el arbitraje obligatorio, esa especie de cepo de campaña colocado a los obreros y a los sindicatos por los patrones y por las autoridades. En el fondo persistía el reverencial sometimiento de los explotados al Estado, a la autoridad, considerados como árbitros imparciales, cuando no protectores de los desahuciados. Aquí dominaban los prejuicios más que las convicciones. La Tesis sacudió a los propios explotados a denunciar el arbitraje obligatorio como instrumento estrangulador en manos del enemigo de clase. Como quiera que se confiaba en la ley burguesa, se consideraba que el parlamento podía liberar a los obreros y al país. La Tesis tronó contra el parlamentarismo, aunque no contra la participación en el Legislativo para defender una línea revolucionaria. Se proclamó como método fundamental de lucha la acción directa.

El documento está vaciado en la teoría de la revolución permanente y en lo que concierne a la plataforma de lucha diaria aplica el método de las reivindicaciones transitorias, superando así la separación entre los programas mínimo (reivindicaciones inmediatas) y máximo (socialismo). El programa único fue concebido para que las demandas transitorias permitiesen a los explotados, partiendo de su

lucha diaria por la satisfacción de sus necesidades más sentidas e inclusive de la situación real de la evolución de su conciencia (de su atraso y prejuicios, por ejemplo), proyectarse hacia el poder, no su captura no bien sea formulada una reivindicación, sino la aproximación, mayor o menor según los casos, hacia el logro de sus objetivos finales. Es en los límites del programa de lucha que la Tesis de Pulacayo sigue de cerca al programa redactado por Trotsky para la IV Internacional, llegando a tomar muchas de sus consignas, aunque algunas, como el control adquieren en el documento boliviano connotaciones novedosas. Nadie ignora que muchos de esos planteamientos son moneda corriente en el sindicalismo de todas las latitudes.

Los obreros bolivianos se fueron educando con ayuda de consignas por demás novedosas, como las escalas móviles, por ejemplo. Dos de estas fueron introducidas en la preocupación diaria de los sindicatos: la escala móvil de horas de trabajo con referencia al volumen de la cesantía y para poner remedio a ésta y la de salarios con relación a los precios de las mercancías, partiendo del salario mínimo vital. Después de tres décadas de prédica, los obreros enarbolan ahora su propia respuesta para defender los salarios reales (capacidad de compra) frente a los manípulos del gobierno y de los capitalistas con la moneda y los precios. Lo que no se pudo prever en Pulacayo fue que esa consigna, que a la burocracia sindical se le antoja puramente salarialista, se convirtiese en cierto momento en el centro de la pugna política.

La lucha de clases supone la violencia y en este marco la burguesía utiliza todos los medios para dislocar a los sindicatos y eliminar físicamente a sus direcciones. La clásica respuesta ha sido la constitución de grupos armados de autodefensa, repudiados por el foquismo porque éste tiene la seguridad de reemplazar a las masas. La tradición internacional y nacional nunca había sido presentada de manera política y coherente. Es esto lo que hizo la Tesis de Pulacayo. En esta materia es mucho más importante el convencimiento político acerca del armamento de los sindicatos que el hecho material de hacerlo.

Desde el año 1927 (tercer congreso obrero) se venía agitando la voz de orden de "¡Minas al Estado y tierras al indio!", que en Pulacayo se concretizó como lucha por la ocupación de las minas (es decir, su expropiación) bajo control obrero. La gran minería amenazaba con paralizar sus instalaciones. Hubieron muchas movilizaciones en este sentido y algunos ensayos por efectivizar la idea, que fracasaron por múltiples razones.

El país todo no tardó en dividirse en parciales y adversarios de la Tesis. La rosca y su gobierno lograron agrupar en los mismos sindicatos a algunos elementos empeñados en combatir las nuevas ideas. Desde la izquierda le correspondió al PIR reglar su artillería contra ella. La carencia de razonamientos se encubría con la afirmación de que el documento no solamente era de corte anarquista, sino que su texto debía ser necesariamente extraño a los trabajadores; se habló de que un grupo de políticos se dio modos para imponer a aquellos algo que no conocían ni habían discutido. La argumentación fue repetida una y otra vez hasta que la Tesis de Pulacayo dio muestras inequívocas de haber penetrado profundamente en las masas. La experiencia ha enseñado de que la vivencia diaria y otras circunstancias favorables (falta de tradición de ideologías equivocadas, etc) pueden permitir una gran politización de las masas, aunque la alfabetización no haga progresos. Los que no leen pueden aprehender (no aprender a escribir) algunas consignas marxistas cuando éstas interpretan sus deseos. Es esto lo que sucedió con la Tesis de Pulacayo.

Los teóricos de la reacción no escatimaron sus críticas al documento sindical. Desde las esferas oficiales se instrumentó la conspiración anti-Pulacayo, contando con la complicidad de algunos malos dirigentes sindicales. Uno de ellos fue Juan Iñiguez de las minas del Sur y curiosamente medio hermano de un pablista; juntamente con Antonio Lloza, un "periodista e intelectual" que se movió siempre cerca del oficialismo, redactaron y pusieron en circulación la llamada "Antítesis de Pulacayo" (1950), pretendiendo imponerla en sustitución del documento más

perseguido de la época en el congreso minero de Milluni (1950). A tono con la época, la crítica iba centrada a repudiar la naturaleza comunista de la Tesis de Pulacayo, por haber sido elaborada dentro de la ideología de la IV Internacional, por propugnar la lucha de clases y la oposición intransigente contra el gobierno rosquero de entonces, por olvidar que los factores básicos de la producción son por igual el capital y el trabajo. La rosca encontró a sus intérpretes serviles.

La derecha movimientista desde el poder no ocultó su odio contra la Tesis e intentó sustituirla en el congreso minero de Telamayú de 1959. El ex-falangista Guillermo Bedregal, que se apresuró en oficiarse de ideólogo del MNR, Aníbal Aguilar y Jorge Antelo, famoso trío de escuderos del derechista H. Siles, redactaron la cartilla de turno, pretendidamente de proyección continental, que recibió el nombre de "Tesis de Telamayú" y la bendición del entonces presidente Siles en su mensaje de 1960, para quien correspondía "a la realidad nacional". El planteamiento central dice que las reivindicaciones sindicales "deben subordinarse a las necesidades vitales de la revolución". Para el oficialismo los obreros ya estaban en el poder con el MNR y, por tanto, los sindicatos debían modificar profundamente su fisonomía y dejarse estatizar. Su tarea no debía ser otra que colaborar al gobierno nacionalista y abandonar el derecho de huelga, esto porque los obreros no podían combatirse a sí mismos, como sostuvo Aguilar en un folleto dedicado al tema.

La COB, que nació con rasgos de órgano de poder y no limitadamente sindicales, proclamó como su programa a la Tesis de Pulacayo. Se abrió un período de dualidad de poder que pronto se resolvió en favor del gobierno de Paz Estenssoro. La poderosa central adoptó, en su tardío primer congreso de 1954, un programa claramente promovimientista. Entre otras cosas, el presidente de la república fue declarado "Libertador económico de Bolivia", etc. En el IV Congreso de 1970, la COB retorna a la línea de Pulacayo, pues permite columbrar la posibilidad de la lucha por el gobierno obrero; sin embargo, dicho programa

queda mediatizado por sus numerosos parches stalinistas, concebidos dentro de la revolución por etapas. Posteriormente la organización sindical ha acentuado su fisonomía oficialista. Esta zigzagueante historia demuestra que en los sindicatos, a diferencia de lo que sucede en el plano partidista, no es suficiente la aprobación de documentos programáticos revolucionarios, sino que falta todavía la existencia de direcciones que expresen los intereses fundamentales de los explotados y sean capaces de llevar a la práctica tesis como las de Pulacayo. Mucho se especuló en sentido de que el MNR desde el poder realizaría sus consignas: los hechos han demostrado que dicho partido tomó los rótulos de algunas consignas marxistas para vaciarlas de su contenido revolucionario y llenarlas con los objetivos de la política burguesa.

9. Los sindicatos campesinos.

Si se toma en cuenta que los hombres del agro están luchando durante varios siglos por la tierra y su liberación, se tiene que concluir que la aparición de los sindicatos campesinos, que tiene lugar prácticamente después de la guerra del Chaco, es demasiado tardía. Mientras los marxistas persistían en crear escuelas para libertar a los indios, los anarquistas aparecen como pioneros del sindicalismo en el agro.

Los sindicatos campesinos lo son únicamente de nombre y de lejos se percibe que corresponde a la influencia de los centros proletarios. El campesinado es una masa de pequeños productores independientes sin patrones y, por esto, sus sindicatos no tienen el carácter de órganos de resistencia contra aquellos. Son, más bien, verdaderos órganos de poder que ejercen funciones gubernamentales: destituyen y nombran autoridades locales, reglan la vida de toda la comunidad, comprenden en sus filas a todos los pobladores, etc.

Tales rasgos afloran potentes cuando en esas organizaciones imperan una amplia democracia y vigorosa vida interna, que son indicios de aguda tensión de la lucha de clases, no cuando quedan reducidas a meros sellos por múltiples razones.

La historia de los sindicatos campesinos es dispar, se suceden auges y depresiones muy acentuados. Desde 1952 pertenecen a la COB, pero en varias oportunidades algunas organizaciones del agro han actuado como ejes de movimientos anticobistas.

Es comprensible esa historia si se tiene en cuenta que los hombres del agro oscilan constantemente entre los extremos ocupados por la burguesía y el proletariado, oscilación que obedece a la búsqueda de soluciones a problemas concretos al amparo de direcciones y caudillos extraños.

No puede reducirse la alianza obrero-campesina a la simple adhesión de los sindicatos campesinos a las centrales proletarias, pues se trata de una alianza política que importa que las masas del agro sigan a la dirección revolucionaria de las ciudades.

En la actualidad los sindicatos del agro tienen una referencia de alguna estabilidad en la Confederación Unica de Trabajadores Campesinos de Bolivia, que ha logrado plasmarse después de vencer luchas y escisiones internas. Esa gran masa de sindicatos es demográficamente aplastante, pero este factor no se traduce matemáticamente en poderío de lucha. De manera sugestiva el tradicional y principal método de lucha de los sindicatos obreros, la huelga, ha sido sustituido por el bloqueo de caminos. En el pasado se registraron algunas huelgas muy vastas y de larga duración, de las cuales la población apenas si se percató.

A lo largo de la lucha del pueblo boliviano se ha constatado que de manera reiterada los campesinos, organizados sindicalmente o no, se han desplazado hacia las posiciones proletarias, particularmente mineras. En los hechos queda siempre sellado el liderazgo de la clase revolucionaria de los centros urbanos.

Son también métodos de lucha propios de los trabajadores del campo la guerrilla y las sublevaciones. La existencia de sindicatos no quiere decir que esos métodos hubiesen sido echados por la borda, duermen simplemente en lo más profundo de las masas y seguramente volverán a aflorar en el futuro en su lucha junto a la clase obrera.

10. La burocracia en la actualidad.

La burocracia sindical de nuestro días ofrece algunas particularidades. Esta capa obrera emancipada del control de las bases sindicales tiene sus raíces en el pasado, en la etapa inmediatamente posterior a abril de 1952, cuando los gobiernos movimientistas ya lograron el control de la COB y de los sindicatos y a veces intentaron infructuosamente escisionarios.

Se trata de una capa privilegiada que prospera a la sombra del poder estatal y no únicamente de los cargos sindicales. En cierta manera la burocracia, políticamente identificada con los regímenes nacionalistas, subordina a las organizaciones laborales al aparato estatal, hay una especie de semi-estatización. Este hecho es sumamente peligroso, pues puede contribuir a que efectivamente se consume la estatización de los sindicatos. Ya no ofrece la menor duda el hecho de que la burocracia constituye una pieza clave en la acción gubernamental encaminada a controlar de cerca al movimiento obrero, de acallararlo, de disciplinarlo y de subordinarlo a los planes estatales, muchos de los cuales conspiran francamente contra los intereses del país.

Hemos hablado de la lucha revolucionaria que tienen que desarrollar los sindicatos para que se materialice la liberación de los explotados, es por esto que las camarillas burocratizadas no pueden menos que renegar de esa política y combatirla sañudamente. La lucha revolucionaria es antiburocrática por su propia naturaleza y porque tiene que entroncar en la acción de las bases e interpretar la debidamente, lo que equivale a su potenciamiento. La lucha antiburocrática se verá facilitada cuando las masas comprendan claramente que la burocracia es contrarrevolucionaria, enemiga de los intereses históricos de la clase, esto pese a los discursos encendidos y demagógicos que pueden pronunciar sus componentes en algunas ocasiones.

No es casual que el ingrediente que une y fortalece a la burocracia internamente sea la ideología del nacionalismo

burgués, condimentada de stalinismo. De una manera casi natural, a la cabeza de la camarilla burocrática aparece Lechín, un viejo dirigente que resume casi todas las taras de nuestro sindicalismo y ninguna de sus virtudes. Es un movimientista vergonzante, que se aferra a su posición moderada para complacer a los sectores atrasados de la clase y también de la burguesía. Puede coquetear con los marxistas, pero su política fundamental es burguesa, pro-depista, pero no revolucionaria. Cree que puede modificar al gobierno Siles con ayuda del reformista "plan económico de emergencia".

Con sus iguales y con los stalinistas forman virtualmente una camarilla que dispone a su antojo de los puestos sindicales y de algunas otras canonjías, todo al precio de la obsecuencia frente a todo lo que dice y hace la burocracia. Así se perpetúan en las direcciones.

Lechín se apoya en el conservadurismo de los sectores obreros atrasados y también en el empate en que frecuentemente caen los contendientes políticos en el plano sindical. Aparece como un poderoso árbitro.

Los burócratas, particularmente Lechín, hace tiempo que han dejado de ser obreros, tanto por su forma de vida como por sus ideas.

La función central de Lechín y de la burocracia es la de embriagar a las masas y someterlas a la política burguesa, cerrando a los explotados el camino hacia el poder.

En la medida en que la burocracia se aleja de las bases y se diferencia de ellas por sus objetivos políticos, puede aparecer como si fuera la representación de la potencia, obrera, esto hasta que el empuje de las masas muestra, como sucede en la actualidad, el abismo que existe entre lo que buscan éstas y lo que hacen los usurpadores de las direcciones sindicales.

(Conferencia pronunciada en la Escuela de Altos Estudios Nacionales de las FFAA de Bolivia)

Julio de 1984